

CAPÍTULO III

SABER HACER HORNOS.

“ENCENDER EN EL PASADO LA CHISPA DE LA ESPERANZA”

MANTENER LA FRAGUA

Alrededor de 1537 se descubrieron, en Santa María de la Concepción de Cardonal, los filones de plomo y plata en los que se creó el primer fundo minero de la Nueva España. Dicho descubrimiento y, con éste, el establecimiento del Real de Minas de Cardonal, dio a este árido rincón del Valle del Mezquital una temprana vocación minera que se acrecentó con descubrimientos minerales posteriores.¹ La minería de la porción norte del Valle, en los contornos del hoy municipio de Cardonal, otorgó a Iximiquilpan, principal asentamiento español de la zona, importancia económica y política desde los primeros años del virreinato. Si bien en décadas posteriores la minería de Cardonal pasó a ser marginal dentro de la producción argentífera novohispana,² ello no fue detrimento para la conservación de diversas explotaciones mineras en la región hasta entrado el siglo XX.

¹ Para el siglo XVI se sabe de la existencia de las minas de Santo Tomé de Buenaguía localizadas al norte del “mineral de plomo pobre”, mejor conocido como El Cardonal. Poco tiempo después se descubrieron vetas en los cerros de Santiago, Espíritu Santo, Santa Catarina, Tomillar, Los Alacranes y Guadalupe. En el siglo XVII hubo nuevos descubrimientos como el del sitio de San Diego (Ramírez, 2011: 68) y para 1791 el Padrón de la jurisdicción registraba la existencia de 22 minas y 19 haciendas de beneficio de metales localizadas en las inmediaciones de El Cardonal. Siete años después una matrícula de mineros del pueblo da noticias de un buen número de minas, posiblemente todas ellas en la misma veta de Santo Tomé de Buenaguía; entre las que se mencionan, por ejemplo, las de San Juan, El Saltillo, Santa Gertrudis, San Antonio, Santa María, Concepción, San Cayetano, El Carmen, Ánimas y la Purísima (Ramírez, 2012: 104-105).

² La producción de plata de las minas de la región de Iximiquilpan-Cardonal fue marginal si se le compara con la de otras explotaciones de la época colonial ubicadas en el actual estado de Hidalgo, como las de Real de Tlaililpa (Pachuca), Real del Monte, Real de Atotonilco (Mineral del Chico) o Zimapán.

En los cerros del actual Santuario Mapethé, al norte de Cardonal, se localizaron algunas de las minas referidas. Por esta razón, al poblado formado en torno a dichas explotaciones se le conoció como Mineral de San José Plomo Pobre.³ Sin embargo, la relevancia de este poblado en la minería regional no se relaciona tanto con las vetas de mineral, como con su especialización en el lavado y la forja del mineral. De hecho, según la traducción que aporta Godínez (1982), Mapethé —término otomí con que se conoce al pueblo— en español quiere decir lugar de lavaderos. Desde tiempos coloniales, Santuario Mapethé (denominación que comienza a darse al poblado a partir del siglo XVII por la construcción del Santuario y la renovación de su imagen del Santo Cristo de Mapethé), se consolidó como un poblado de herreros con importante presencia de talleres y fraguas.

La localización de las fraguas en Santuario no se debe sólo a su cercanía con las minas de Cardonal. Más bien, dicha localización deviene de que este poblado es la frontera norte del árido Valle del Mezquital. Desde ahí se accede a la Sierra Gorda Hidalguense, rica en recursos forestales que, desde el siglo XVI, fueron ocupados como combustible tanto en los hornos castellanos de las haciendas de beneficio, como en la forja de los metales de la región.

La abundancia de bosque de encino, al norte del pueblo de Santuario, en comunidades como El Boxo, Barrio del Tixqui, el Nogal, El Tedra o Los Lirios (según sus denominaciones contemporáneas); garantizaba la producción constante de carbón para las fraguas. De hecho, durante el siglo XVIII, el control de las tierras del norte, de entrada a la sierra boscosa, fue disputado por pueblos que reclamaban la

Aún más marginal fue la minería de Cardonal, si se le compara con la desarrollada en los actuales estados de San Luis Potosí, Guanajuato o Zacatecas.

³ Según Godínez (1982), este nombre fue el primero que los españoles asignaron al pueblo que, posteriormente se denominó Real de Minas del Plomo Pobre. Por su parte, Peña (2006) apunta que no existen documentos para sostener esta última denominación. Fue, según la autora, el actual Cardonal el pueblo que se reconoció durante parte de la Colonia como Real de Minas del Plomo Pobre. Aun cuando existen documentos fechados en 1577 en los que se menciona Santuario Mapethé, por la presencia aquí de una ermita, dicho territorio no era reconocido con ese nombre (cf. López, 2005: 204). La razón de la discrepancia puede hallarse en la tardía fundación del pueblo. Como señala López, Santuario Mapethé corresponde a un pueblo de segunda generación, entre los que agrupa a aquellos fundados entre el siglo XVII y XVIII, respecto de los pueblos de primera generación, fundados en el siglo XVI; bajo la administración de la doble cabecera Ixmiquilpan-Tlazintla. Entre los pueblos de primera generación se encuentra Cardonal que, en tanto fundo minero (fundado en la década del cuarenta del siglo XVI)—reconocido posteriormente como Real de Minas, abarcaba los territorios al norte (que incluyen el actual Santuario y nuestra comunidad de interés), colindantes con Coyotepec, actualmente conocido como Tixqui.

exclusividad de dicho territorio. En este registro puede leerse los pleitos que durante el siglo XIX enfrentaron a la República de Orizaba (en torno a la actual localidad de Orizabita, municipio de Ixmiquilpan) y al pueblo de Santuario Mapethé. Las reivindicaciones territoriales de este último afectaron los intereses de Orizaba, particularmente respecto del acceso a los bosques de la Sierra Alta, a la cual accedían también los habitantes de Orizaba para la producción de carbón, la extracción de pino ocote y la elaboración de alquitrán y antorchas.

En una queja levantada por el pueblo de Orizaba contra el de Santuario, en 1809, el defensor de indios del primer pueblo denunciaba la producción carbonera de los “naturales de Mapete.” Esta producción era llevada a cabo, según el defensor, quebrantando las disposiciones legales de la Nueva España a través de la tala indiscriminada en montes reclamados por ambos pueblos. El defensor apuntaba:

los naturales del Santuario se mantienen aniquilando y destruyendo nuestros montes situados bajo los parajes, que de todo modo que es compasión ver hay unos parajes que de pocos años a esta parte a penas se podían transitar a pie por lo tupido de sus muchos y crecidos árboles tan vacíos de ellos como lo pueden estar los más estériles llanos.

Mientras los poblados de los alrededores de Cardonal se especializaban en la producción de jarcia e ixtle, la mayor parte de los poblados otomíes al norte de Santuario se especializaron en la producción carbonera, actividad que integraban a la agricultura de temporal y subsistencia. Hacia 1844, la mayor parte de los hombres ocupados del Barrio de Tixqui y de Santa María Tepeji (actual Nicolás Flores) eran carboneros. Aunque para ese año, los carboneros registrados en Santuario eran sólo 16 (cf. Ramírez, 2012), es posible inferir que, por la ausencia de delimitaciones territoriales como las existentes en la actualidad, un grupo importante de los hacendados de horno de la comunidad de El Boxo hayan sido registrados como pertenecientes a alguna de las tres localidades señaladas.

Entre mediados del siglo XIX y comienzos del XX, la actividad minera de la región de Cardonal sufrió un importante deterioro. Por aquellos años, el último intento por capitalizar parte fundamental de las minas de plomo y plata de la región, fue el de la Compañía Alemana de Minas Elbefeird, que adquirió un conjunto de yacimientos mineros en Mineral del Chico, Pachuca y Zimapán, además de minas como las de El Saltillo en Cardonal, mismas que fueron declaradas en quiebra en 1837 (cf. von Mentz, 1982). Pese al periclitar de la minería de Cardonal, durante todo el siglo XX y hasta la actualidad, han existido explotaciones de plomo, cal, plata, hierro y

zinc, en modalidad de pequeña minería, por gambusinos o buscones, así como de mediana minería, ligada a inversionistas locales o extranjeros.

Aun con el deterioro de la minería, la demanda de carbón producida en los pueblos del norte de Santuario Mapethé, no se detuvo. Ello porque, como arriba se señaló, un destino fundamental del carbón vegetal fueron las fraguas de Santuario que, aunque encadenaban su producción a la minería, forjaban metales demandados por la agricultura y los medios de transporte de la época. Ya desde las primeras décadas del siglo XX, la producción herrera de Santuario abastecía la demanda de los mercados locales y regionales y tenía presencia también en ciudades fuera del estado de Hidalgo. Entre otros artículos, en Santuario se forjaban herramientas destinadas al trabajo agrícola tales como: machetes de punta curva y ancha denominados “güíngaros”; rejas, pieza del arado utilizado para romper y mover la tierra; enrejadas y azadones, utilizados en la zona serrana; coas, para barbecho, escarda y siembra; tejas, para la poda del maguey; y raspadores, para la extracción de aguamiel del maguey.

Este vínculo entre la forja de Santuario y la demanda de herramientas para la agricultura, posibilita imaginar que, en términos cuantitativos y con posterioridad al deterioro de la minería regional, la herrería de Santuario logró su mayor esplendor y desarrollo entre la década del cincuenta y finales de los setenta del siglo XX, vinculada al auge del proyecto agrarista en la región del Mezquital. Corresponden, esas décadas, al tiempo en que, como me ha señalado el maestro Hermenegildo, en El Boxo “todos éramos carboneros”. Aquellas décadas son las del apogeo en la producción agrícola ligada a la consolidación del reparto agrario y a la sucesiva ampliación del riego en la zona baja de la región.⁴ En ese contexto, la demanda de herramientas para el trabajo en la tierra creció, más aún si consideramos la dificultosa y tardía mecanización de la producción agrícola en la región, la que además presenta niveles de diferencia abismal entre los espacios de cultivo de temporal y los de riego.⁵

⁴ Profundizaré en este aspecto en el siguiente capítulo.

⁵ Además de la baja productividad de las tierras de temporal del Valle del Mezquital, durante el periodo agrarista, parte importante de éstas fueron excluidas de sistemas de préstamos (como BANRURAL) para la compra de maquinaria agrícola, por lo que la modernización agraria en dichos espacios fue prácticamente inexistente. Mientras tanto, como presentaron las investigaciones de los años setenta del siglo XX, en los espacios de riego del Valle del Mezquital la mecanización era mínima y controlada por caciques y acaparadores, por lo que gran parte del trabajo de la siembra y pesca de hortalizas, así como el corte y empacado de alfalfa era realizado a mano (ver en capítulo V). A comienzos del siglo XXI, los niveles de mecanización eran extremadamente desiguales. En municipios como Ixmiquilpan,

Consecuentemente, el descenso en la actividad agrícola en las zonas de temporal, así como la creciente mecanización en las zonas con acceso al riego, sumados a la cada vez mayor presencia de herramientas e insumos importados, redundaron en la patente disminución de las fraguas en Santuario y con ello, en el descenso de la producción carbonera en El Boxo. Esta producción persiste, como muestro en este capítulo, como una de las formas para ganarse la vida para contadas familias de la comunidad que, esporádicamente, abastecen con la sustancia combustible a las pocas fraguas que se mantienen en el pueblo de Santuario.

HACER HORNO

Con don Arón me había recomendado el maestro Hermenegildo, después que en una conversación me contara que de niño todos en la comunidad eran carboneros. Entonces yo intenté inquirir sobre el proceso de producción del carbón y él me detuvo: “no Raúl, eso tienes que verlo tú mismo. Para que quede un trabajo bien bonito, con foto y todo, donde se vea bien de qué vive la gente aquí”.

Un sábado, el Comité de Agua había llamado a faena con el fin de cavar una zanja en la que se cambiaría la tubería para la bajada del agua desde el manantial a la comunidad. Acompañé a Isidra quien junto a sus hijos debían “sacar la faena” de Alejandro, su esposo, que ese día andaba de albañil en San Cristóbal, Cardonal. Cada ciudadano debía cavar tres metros a lo largo, con una profundidad de 40 centímetros. Tuvimos suerte, me dijo Isidra, cuando llegamos. La zona más pedregosa e inclinada del cerro ya había sido asignada. A nosotros nos tocó plano y blando, frente a la milpa de doña Alberta, una anciana que, pese a su avanzada edad, continúa cultivando.

El maestro Hermenegildo era parte del Comité de Agua, por lo que ese día estaba organizando la faena. Aproveché para presentarme con don Arón. Éste le comentó que ahora no andaba “haciendo horno” que andaba “recogiendo el elote”, pero que le habían “pedido para cortar unos árboles en su terreno” y que me podía presentar con esos señores. “Ahí se lo encargo”, le dijo el maestro a don Arón y éste al término de la faena llegó a invitarme un pulque y a presentarme a otros señores que trabajan

con una superficie de riego superior al 70% de la tierra cultivable, la mecanización es mayor al 90%, mientras que en Cardonal —municipio sin acceso al riego— la mecanización alcanza únicamente 16.75%. Esta disparidad en los niveles de mecanización de la producción agrícola debe considerarse teniendo en cuenta la media que, en el estado de Hidalgo, es de 58,7% (cfr. Contreras, 2014: 178).

carbón. Entre bromas, uno de ellos dijo “hay que decirle al Enrique que lo suba.” Don Enrique, quien no estaba en aquel momento, era quien había comprado árboles del terreno de don Arón para hacer horno.

Era finales de septiembre y como la milpa de don Arón estaba bien empinada en el cerro, él era de los pocos que ya estaba cosechando elotes. “Uno de estos días súbbase a comer unos elotitos asados, yo ya le dije a Severo para que vayan”, fue su invitación cuando nos despedimos. Al domingo siguiente, Severo organizó un paseo para ir a ver la milpa de su mamá y aprovechar de pasar por unos elotes con don Arón. Cuando llegamos con don Arón, Severo y los demás se quedaron haciendo el fuego y don Arón y yo nos subimos a cortar elotes. “Ayer nomás vi subir a Enrique. Ése y el Doroteo son los únicos que tienen horno ahora”. Por suerte, cuando nos disponíamos a bajar con los elotes, don Arón divisó a don Enrique y a su hijo. Le gritó en hñähñu, llamándolo. Cuando don Enrique se acercó, don Arón le dijo: “Éste es el muchacho del que te hablé. El que dijo Mere [maestro Hermenegildo]”. “Mucho gusto”, dijo don Enrique muy serio, y continuó: “Yo no sé si podrá subir ahora, la cosa está difícil”. Después vino un relato sobre el robo de la carga de carbón y de las herramientas a uno de sus compañeros.

Los hijos de su pinche madre le quitaron toda la carga y se quedaron con las herramientas. Le hicieron pagar 250 pesos, que si no lo metían a la cárcel. No más por llevar carbón. Ahí en la mera curva lo estaban esperando los patrulleros. Son los viejos de Santuario los que dan el grito. Ellos no más ven tantito humo en el cerro y avisan a los [policías] municipales para que vengan a robar la gente. Pero los muy cabrones no saben que gracias aquí a la gente de la comunidad [de El Boxo] es que comen. Si no fuera por el carbón de aquí ni las fraguas tendrían.

Con voz dura y evidente enojo relataba esta historia don Enrique. “Usted”, me dijo, “si quiere subir puede, pero para que vea un horno y ya. No puede sacar foto, porque luego esas fotos ustedes las ponen en computadora y quién sabe si no llega allá al palacio Municipal. Yo ni motosierra tengo, pero esos cabrones me pueden quitar hasta la burra”.

Algo le platicó en hñähñu don Arón a don Enrique, y éste, sin convencerse mucho me dijo: “si quiere subir con nosotros es a las cinco de la mañana, pero pase por mi casa primero para platicar”.

Al día siguiente, a eso de las seis de la tarde, fui a casa de don Enrique. Hacía una media hora había arreciado la lluvia, transformada en llovizna cuando llegué a su casa. Me hizo pasar a su cocina de leña y le pidió a su esposa me sirviera un café. Mire, me dijo, “yo el miércoles tengo que subir a abrir horno. Vamos con

Doroteo. Subimos a las cinco de la mañana. Si usted quiere ir, tiene que venirse a esa hora. Allá nos quedamos hasta las tres o cuatro de la tarde, dependiendo el trabajo. Volvemos a eso de las cinco. Si está el clima así como ahora no subimos, pero tantito escampe se puede subir”.

El martes, a eso de las cuatro de la tarde, las nubes invadieron El Boxo. Era uno de esos días en que entre niebla y nubes la comunidad queda aislada. No se puede ver nada hacia Pilas ni hacia el Tixqui; hasta el imponente Cerro Bola desaparece tras el telón de humedad que presagia una borrasca de viento y lluvia. Esa tarde el presagio no demoró en revelarse. Desde entonces, llovió toda la noche y sólo a eso de las tres y media de la madrugada la lluvia se hizo menos intensa. “No creo que pueda subir así”, me dijo Alejandro, mientras se preparaba para ir a trabajar. “Se ve que no va a parar”. A las cuatro y media de la mañana, la lluvia se detuvo, pero el cielo parecía no abrir. Como don Enrique me había dicho que si escampaba subía, me decidí a salir. “Si quiere lo acompaño, está todo oscuro y los perros lo pueden desconocer”, me dijo Alejandro.

De camino a casa de don Enrique, Alejandro me insistía que el clima estaba malo. Aunque ya no llueva, me decía, “va a estar todo lodoso, muy mojado todo. Así no se puede subir el cerro”. Aunque yo veía que el panorama no parecía mejorar, quería llegar a casa de don Enrique para mostrar mi compromiso de acompañarlos al carbón. “Acortemos vereda”, me dijo Alejandro cuando subió por la ladera que lleva a la iglesia. Cuando llegamos a la iglesia, desde donde —durante el día— se puede ver la casa de don Enrique, a unos doscientos cincuenta metros de ahí, Alejandro guardó silencio. Me pidió que apagara la linterna de mi celular y mandó también callar a Tigre, el perro que nos acompañaba. El silencio se hacía más intenso por la profunda oscuridad que las nubes brindaban a la madrugada de El Boxo.

Después de dos o tres minutos, eternos para mí, en que no se veía luz en ninguna casa, Alejandro me dijo: “vamos, ya se levantó Enrique”. Desde el camino, bajo de la casa de don Enrique, Alejandro llamó con un tenue silbido. Don Enrique salió y con él los alterados perros. Durante un largo rato platicaron en hñähñu. Gracias a ciertos préstamos del español que utilizaron pude armar alguna vaga idea de lo que hablaron. Alejandro le pidió que me cuidara, le dijo que yo nunca había subido hasta arriba en los cerros y que andaba estudiando “en la comunidad una tarea de la escuela”. Luego de eso me dijo: “dice que sí va a subir, pero que de seguro está todo lodoso. Va ser complicado, ya ve que allá es muy montoso y hay mucha roca resbalosa también. ¿Si va irse con ellos?” —Sí —, le respondí y en ese mismo instante don Enrique me hizo subir a su casa para pasar por un café. “Agarre un pan dulce que el camino es largo”, me dijo. Desde ese momento la actitud de don Enrique

cambió. La desconfianza que éste había mostrado en nuestro primer encuentro parecía desaparecer. En esto habían ayudado don Arón y la plática de Alejandro. Pero también, imaginaba en ese momento, que mi presencia ahí, a la hora señalada por don Enrique, pese a la lluvia y a las nubes que no dejaban de amenazar, había colaborado en el cambio de actitud del antes desconfiado carbonero.

Mientras don Enrique prendía la lumbre para recalentar un café de olla, me contaba que hacía unos quince días que había armado el horno. Hasta ese momento yo no tenía una imagen de un horno. ¿A qué se refería la gente cuando me hablaba de los hornos? Pensaba que en la punta de los cerros había una instalación artesanal donde metían la leña para convertirla en carbón. Entonces pregunté a qué iríamos ese día. “Ya nos toca abrir horno, quitar lumbre”, me respondió. Doroteo, me dijo, “ya quitó lumbre, ayer ya bajó carga. A ese canijo le gusta que subamos juntos, así nos echamos la mano y aprovechamos la burra para bajar las cargas”. Asomado en la puerta de su casa, don Enrique miraba hacia “otra banda”, a casi un kilómetro de ahí, para vigilar si venía Doroteo. “Ni luz se ve en casa del Doroteo, no creo que lo espantó la lluvia. Ya no tarda, quedamos ayer que subíamos juntos”.

Pasaron cerca de cuarenta minutos en que don Enrique preparaba sus cosas y se asomaba insistentemente a la puerta de la cocina de humo. “Ahí viene ese canijo. Vamos bajando”, me dijo. Me presentó a don Doroteo que ya estaba arreglando la cubierta del lomo de la burra. Aún estaba todo oscuro, pero ya se veía algo más de movimiento en la comunidad. A esa hora, faltando para las seis de la mañana, algunas personas que trabajan en Ixmiquilpan o que viajan, por trabajo o estudio, a Pachuca, ya están esperando la primera combi.

Los tres y la burra, caminamos por la carretera Cardonal-Nicolás Flores unos ochocientos metros al norte, hasta la curva por la que “bandean” camino para subir a las milpas, a la leña o a las manzanas los habitantes de El Boxo. Ahí, luego de unos veinte minutos en plano de veredas, entre milpa y milpa, comenzó el ascenso. Había mucho lodo y la yerba estaba mojada. El camino se hacía corto entre bromas de don Enrique y don Doroteo. “Seguro te pararás a desayunar tu pulque. Pero, ¿qué crees? se te metió el tlacuache y no te dejó ni gota de aguamiel”. Le decía Doroteo a Enrique y éste le respondía: “¡Cállate cabrón!, yo siempre tapo bien, qué pinche tlacuache se va meter”.

De camino encontramos a don Santiago. Éste ya iba a su milpa. Don Santiago, un hombre de edad avanzada, es la persona que más siembra en El Boxo. Muchos en la comunidad admiran que sus milpas siempre están sembradas y bien cuidadas. Al igual que don Arón y que otros campesinos de la comunidad que tienen sus milpas en las laderas serranas, al norte de la comunidad, don Santiago barbecha entre

febrero y comienzos de marzo. A mediados de ese último mes ya está sembrando. Por ello, en septiembre ya puede estar cosechando elotes. A diferencia de lo que pasa en los caminos del centro de la comunidad, los encuentros de trayecto a las milpas o los espacios de recolección son muy frecuentes en la comunidad. Existen pocas alternativas de veredas para subir a las milpas y los horarios de trabajo que se dan los campesinos de El Boxo suelen coincidir. El encuentro con don Santiago, que sirvió para que se preguntaran los tres qué iba pasar con la lluvia, cómo estaba la cosecha y el carbón, era parte del cotidiano de don Enrique que desde que armó el horno, tenía que subir diariamente a vigilar que “el fuego caminara bien”.

Pulque



Fuente: Fotografías del autor.

Cuando llegamos a un nuevo plano ya se anunciaba el alba. “Ahora ya estas contento que llegaste a tu pulque, ¿verdad?”, dijo don Doroteo, entretanto don Enrique sacaba su raspador de una bolsa que colgaba del lomo de la burra. Ahí tenían un pequeño espacio precariamente techado. “Aquí nos protegemos de la lluvia”, dijo don Enrique. “Más bien aquí te quedas cuando te pones bien borracho”, bromeó Doroteo. “Cuelgue sus cosas, que aquí se suben las hormigas. Véngase con nosotros a raspar”.

“¿Ya probó el agua miel? Está bien bueno en la mañanita. Pero lo mero bueno es lo que tengo allá donde dejamos las mochilas, debe estar bien fresco”. Para que fermente el aguamiel, don Enrique deja colgadas botellas pet de dos o tres litros durante varios días. “Va depender del maguey y del agua miel que saque”, me dijo. “También varía qué tan fuerte quiere usted su pulque. También del clima. Si está con calor demora menos, puede que en tres o cuatro días ya tenga un buen pulque, pero si no tiene que dejarlo más. Pero aquí casi no tarda”.

Terminando de raspar nos fuimos bajo el techo. Don Enrique sirvió pulque y nos invitó. Ya había clareado cuando salimos para continuar el camino rumbo a los hornos. Don Enrique cargó dos botellas de pulque a la burra. “Para la chamba que va a estar dura”, me dijo. Continuamos subiendo el cerro. A esa altura el paisaje había cambiado. Mientras antes dominaban los matorrales, los árboles de tronco fino, los magueyes y las milpas; ahora, árboles antiguos; pinos piñoneros, encinos y enebros dominaban el horizonte. Ello hacía que la vereda por la que ascendíamos se tornara, a ratos, penumbrosa, aunque ya había transcurrido más de media hora desde el alba.

Cuando el bosque se hizo muy tupido y el cerro muy inclinado, don Enrique dijo: “hasta aquí namás puede subir la burra”. Entonces la amarró a unos árboles y continuamos ascendiendo. A eso de las ocho y media llegamos al primer horno. Éste era el de don Doroteo, que ya había llenado unos veinte costales que dejó arrimados a un desnivel, cubiertos con una carpa para evitar que se mojaran. El horno de Doroteo ya era invisible. Lo que quedaba de éste era un círculo de unos tres metros de diámetro, de ceniza, ínfimos trozos de carbón y tierra quemada, rodeada de troncos a medio quemar y tizones,⁶ en un leve desnivel respecto del suelo. Comencé a entender entonces que los hornos no eran medios de producción fijos. Por ello, los carboneros hablan de hacer o armar horno y no de ir a los hornos.

En tanto que unidad de producción, el horno como tecnología fundamental en la centenaria adaptación de los habitantes de El Boxo a su territorio, produce y consume, se hace y deshace, es a la vez productivo y absolutamente consuntivo en el proceso de producción del carbón. No obstante, el que el horno se consuma totalmente, al punto de hacerse invisible, es contradictorio si se piensa en su cen-

⁶ El tizón es madera a medio quemar resultado del proceso inacabado de transformación del carbón. Al final del proceso también acaban convertidos en tizón, por el contacto con el calor, los trozos gruesos de madera que son colocadas alrededor del horno con piedras que actúan como topes para evitar el desmoronamiento del horno. Esos troncos de madera, me dijo Don Enrique, sirven para “ir atrincando el horno, para que no se desarme”.

tralidad en el proceso productivo. Siendo un factor extinguido, el horno podría considerarse secundario en el proceso. Pero sin ese horno, que debe desaparecer para producir carbón, nada del proceso sería materialmente posible. Por ello, en el imaginario que en la comunidad nombra la actividad del carbonero, el horno tiene mayor presencia que el propio carbón. El giro metonímico se expresa en que los carboneros arman o hacen hornos en los cerros, cuidan los hornos para que el fuego camine, abren los hornos para sacar el carbón. Quien se especializa en esta actividad aprendió el arte de hacer horno. Ello es lo que define la práctica del carbonero. En ese saber hacer (y usar) la tecnología horno, es en el que se juegan los riesgos de la actividad, se controlan incertidumbres y se depositan esperanzas.

Horno de carbón (1)



Fuente: Fotografías del autor.

Imaginar el horno ausente de Doroteo y constatar el círculo de cenizas como prueba de aquella ausencia, permite recordar la idea marxiana en torno a que toda "producción es también inmediatamente consumo" (Marx, 2007: 10). Más aún, que toda producción es consumo en el sentido subjetivo y objetivo del término. En el segundo sentido, el horno es la máxima en la dialéctica producción/consumo,

vale decir forma parte del “consumo de los medios de producción que se emplean y se usan, y que se disuelven” (*ibidem.*) en el proceso de producción. Pero después de más de dos horas de empujado camino hacia los hornos, para que recién inicie la labor propiamente dicha, el primer sentido —el subjetivo— se hace igualmente relevante: “el individuo que al producir desarrolla sus capacidades, las gasta también, las consume en el acto de la producción, exactamente como la reproducción natural es un consumo de fuerzas vitales” (*ibidem.*).

Cuando pregunté la edad de don Enrique se hizo más evidente aquella dimensión subjetiva de la dialéctica producción/consumo ligada al proceso productivo del carbón. Las bromas entre ambos hicieron menos dramática la constatación de que el individuo que produce se consume, no tan rápido como los hornos, pero a una velocidad mayor que el retoñar de los nuevos encinos, allí donde un horno se hizo invisible. “¿Qué? Cabrón. Yo no estoy tan madreado como tú. Tú dices que el pulque me acaba, yo te digo que por eso estoy bien pinche fuerte para sacar mi carbón”, decía don Enrique a don Doroteo, después de que éste le hiciese bromas sobre la “mala condición” en la que Enrique llegaría a los cincuenta años.

“Tome foto no más, que después con lluvia no se puede”, me dijo don Enrique ya más confiado de mi presencia luego de casi cinco horas de estar juntos. Mientras yo fotografiaba los restos del, ya invisible, horno de don Doroteo, don Enrique le dijo bromeando: “Ya abriste cabrón, ‘ora te toca irme a ayudar a mí, para que después bajemos todo junto”. “Sí, hasta bajé ya dos cargas ayer. Si tú no fueras tan borracho ya tendrías todas las cargas”, contestó Doroteo. “Eres bien wey. No más porque tu vieja te quita la lana andas de apurado trabajando”, dijo don Enrique y, entre risas, continuamos hacia su horno. Desde el horno de don Doroteo caminamos cerca de veinte minutos más. “Es más fácil por la loma”, dijo don Enrique y entonces subimos hasta ahí, desde donde se veían diminutas luces de Cuesta Colorada y el Banxu, comunidades serranas del municipio de Ixmiquilpan. “Hasta allá me voy a ir, por ahí de noviembre, a hacer horno. Aquí en la comunidad está muy jodido”, me dijo.

Luego de caminar unos trescientos metros por la loma, comenzamos a descender otros doscientos metros. Entonces llegamos al horno de don Enrique. Ahí, al final de unos veinte metros cuadrados de encinos talados, ramas y hojarascas, se levantaba un montículo cónico de tierra apisonada, en extremo compacta, de un metro y medio de alto aproximadamente. Eso es un horno de carbón. Un pequeño volcán artificial que, luego de unos quince días de quemar madera en sus entrañas, exhala desde su base humo azul transparente.

Me explicaron que cuando ya no se oye mucho ruido, “de ese que viene de adentro y que se nota que está cocinando leña, porque se va escuchando como van

desbaratando y cayendo los trozos, el horno ya está listo para que lo abramos”. “Tiene que fijarse en el humo. Cuando está crudo, el humo es blanco o muy oscuro, es así grueso, irrita un chingo los ojos”, me dijo don Enrique. Y continuó: “Ahora el humo ya es delgado, usted puede ver entre la humareda, como es azul el humo y no arde los ojos”.

Después de acomodar sus cosas y de beber agua don Doroteo y pulque don Enrique, ambos se quedaron un buen rato mirando y evaluando el horno. “Ya está listo, pero seguro no coció⁷ todo”, coincidieron. “¿Por qué cree que no coció todo?” Le pregunté a don Doroteo. “Ya ve que de arriba está echando humo también. Eso es porque abrió antes. Cuando no abre sale nomás tantito humo de abajo,” me respondió. Al abrirse o fracturarse parte del horno, se arriesga la entrada de aire o agua (cuando llueve), lo que dificulta el proceso de cocción de la madera en el espacio de la grieta. Para evitar que se formen estas aberturas, los carboneros suben una o dos veces al día a sus hornos a compactar o, cuando es necesario, a echar más tierra. Desde luego no todos los factores del proceso están bajo control de los carboneros. Además de compactar las paredes del horno, para evitar que éste abra, al formar el horno los carboneros ubican ordenadamente la madera, seleccionándola por tamaño y grosor. Ello permite que el horno adquiera su forma cónica antes de taparlo. Pero en el proceso de quemado el movimiento interno de los trozos de madera puede ir afectando la forma del horno, provocando grietas en sus paredes.

Al movimiento interno promovido por la combustión de la madera, los carboneros lo identifican como el caminar del fuego. El fuego camina al interior del horno. Durante los diez a quince días que dura el proceso de cocción del carbón, el carbonero debe vigilar que el “fuego camine bien”, que no vaya a “salir del horno” (lo que provocaría un incendio), o que el fuego deje de caminar y se apague el horno. Agudizar el oído para escuchar el caminar del fuego es fundamental para evitar infortunios. En ese momento el sonido y el color del humo les ayudó a concluir, a don Enrique y don Doroteo, que era hora de sacar el carbón.

⁷ Los carboneros de El Boxo llaman cocer al proceso de quemado de la madera y formación del carbón. La misma expresión la encontró Gutiérrez (2012) entre carboneros de San Lorenzo El Zembo, Municipio de Huasca de Ocampo, Hidalgo. De esta idea se valió el autor para denominar a los carboneros de esa localidad “cocineros del fuego.” La atinada metáfora de Gutiérrez, para el caso de El Boxo debe relativizarse, ya que en la comunidad se utiliza la misma idea del “cocer” o de “algo cocido” para definir la maduración de un fruto a recolectar (v.g. “las manzanas ya están cocidas en la barranca”, “las peras no tardan en cocer”). La función del calor del fuego para el carbón o de los días de sol y lluvia que acompañan la temporada de frutas en la comunidad pueden ayudar a entender la polisemia del término.

Al proceso de sacar el carbón, que implica el desarmado del horno, los carboneros lo llaman quitar lumbre. Ayudados de pala, pico, rastrillo y uña (o hierro de cuatro dedos), los dos carboneros— uno en cada extremo del horno— comenzaron a sacar la tierra y la hojarasca. En este proceso los carboneros van juntando tierra removida, haciendo pequeños montones que les permite ir apagando parte de la hojarasca aún encendida. Luego parecen arar en esos montículos, buscando trozos de carbón. Sobre los trozos de carbón aún rojizos, van esparciendo la tierra que antes separaron en montones, hasta que ya no se perciba lumbre. Con la uña, van juntando el carbón y haciendo una primera selección según el tamaño de los trozos.

Horno de carbón (2)



Fuente: Fotografías del autor.

El proceso de quitar lumbre es meticuloso. El área de trabajo de los hornos no es muy grande, por lo que el espacio de maniobra para ir esparciendo y seleccionando el carbón no es mucho. Fuera del diámetro del horno, de unos tres metros, no hay más de un metro y medio de tierra limpia. Vale decir, un espacio sin hojarasca, ramas u otros árboles que puedan encenderse por contacto con trozos aun flameantes de madera, al momento de abertura del horno. En ese metro y medio, los carboneros

deben resolver todos sus movimientos. Por ello, el quitado de lumbre es lento. Hay que cuidar que la horadación del horno no provoque su derrumbe, lo que además de esparcir lumbre fuera del espacio de maniobra, podría provocar la pérdida de carbón por la pulverización del mismo. Por esta razón se va quitando de arriba hacia abajo la tierra del horno.

Aunque la forma de ir abriendo el horno y la ubicación que toman los carboneros en esta tarea, permite que la dirección del humo no vaya directamente contra ellos, la cantidad de humo y polvo en suspensión afecta constantemente sus ojos. Por ello, de vez en cuando, paran de trabajar para limpiarse la cara y los ojos con sus paliacates.

Al medio día más de la mitad del horno de don Enrique había desaparecido. El resto era tierra removida en lo que antes fue el espacio de maniobra. Ahí también, y en los espacios liberados por la abertura del horno, estaba el carbón amontonado y seleccionado según su tamaño. Paramos un rato a descansar. Ese descanso sirvió para esperar que la temperatura del carbón bajara. Tomamos pulque. Observando el carbón, don Enrique y don Doroteo concluían que no era mucho tizón el que estaba saliendo, aunque en parte del horno se podía ver aún flama, lo que es una mala señal en el momento de apertura del horno. Ahora venía el proceso de llenado de las cargas.

El carbón se deposita en costales de rafia que, aunque varían en tamaño, suelen ser de unos 60x100 cm. Éstos son costales reciclados, principalmente de maíz —aunque originalmente pudieron haber contenido otros productos (azúcar, semillas, fertilizantes, etc.) — que los carboneros deben comprar a los vendedores del tianguis de Ixmiquilpan.⁸ Para el llenado, los carboneros —de rodillas o en cuclillas— van tomando trozo por trozo el carbón y depositándolo en los costales. Al hacerlo a mano y no con palas, se cercioran de que los trozos no estén aún encendidos, lo que podría quemar el costal y provocar la pérdida de la carga. En el fondo del costal se depositan los trozos medianos de entre cuatro y ocho centímetros. Cada cierto tiempo se va moviendo el costal y metiendo el brazo para ayudar a que el carbón se ordene y el llenado sea simétrico. Hasta la parte superior del costal se

⁸ Es importante resaltar que los costales son un objeto muy preciado en la comunidad. En gran parte de las actividades productivas o de recolección, los costales se tornan un artículo de primera necesidad, pudiendo aparecer en su forma original o transformados en bolsa de mandado o en mecapaes. Por ello suelen escasear. La forma de acceder a éstos es a través de la compra a los vendedores de maíz o verduras en Ixmiquilpan. Los costales forman, de esta manera, parte de un mercado no muy evidente, pero de primer orden en el consumo de los habitantes de la comunidad.

colocan, a modo de colmos, los trozos de carbón de mayor tamaño (de entre 15 y 20 cm). Esto último, ayuda al cierre del costal y, posteriormente, a distinguir qué costal corresponde a qué medida de carbón.

El proceso del llenado es lento y cansador. El contacto más directo con el humo y el polvo del carbón ya seleccionado, y de la parte del horno aún encendida, provoca mayor irritación en los ojos. A esa altura la posibilidad de limpiarse no es mucha. Todo: ropa, manos y cara de los carboneros, está cubierto de tizne. De vez en cuando un grito, un quejido o una grosería, anuncia que uno de los carboneros quemó su mano. Ello da pie a bromas y risas que hacen más distendido el proceso de llenado que, en términos generales, se hace de manera muy atenta y silenciosa.

Horno de carbón (3)



Fuente: Fotografías del autor.

“Tienes que apurarte, Enrique, según Santiago ahora en la tarde se va soltar la lluvia”, dijo don Doroteo. En el encuentro de trayecto con don Santiago, éste les había dicho que la lluvia comenzaría a eso de las tres de la tarde. A esa hora la niebla ya había cubierto todo el bosque. Por ello, don Enrique y Doroteo, decidieron concluir con el llenado de los costales de carbón mediano y dejar bien

seleccionado y esparcido los trozos más pequeños. Entonces, a eso de las dos de la tarde, paramos a comer.

Don Doroteo agarró un trozo de carbón encendido y con ramas y hojarascas armó un pequeño fogón. Sobre él colocaron una lata vieja que hacía de comal. Compartimos la comida y el pulque. Mientras comíamos, las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer. Don Enrique corrió a tapar el carbón con una carpa y sobre ella puso troncos gruesos y piedras. Entonces, la comida terminó intempestivamente. "Los cabrones de Santuario no quieren comprar el carbón si está húmedo". Dicho eso, don Enrique, se agachó a recoger el carbón restante.

Horno de carbón (4)



Fuente: Fotografías del auto.

Lo que restaba poner en costales eran los trozos pequeños de carbón. El trabajo para llenar estos costales es más lento y laborioso. Además de la exigencia motriz

y visual que exige el ir tomando cada trocito, en cada momento los carboneros deben volver a pasar el rastrillo para evitar que trozos de carbón se vallan entre la tierra y la ceniza. Don Enrique me decía que la venta de una u otra presentación del carbón varía según quien compre. La mayoría de las veces, me decía, “las fraguas en Santuario compran los trozos medianos, pero también piden del pequeño, porque es más fácil para hacer lumbre”. Por esta razón también el carbón más trozado es comprado por familias para cocinas de humo, para asar o para calefacción.

Mientras terminábamos de llenar los últimos costales, la lluvia se intensificó. Era cerca de las cuatro de la tarde. Don Enrique se apresuró a cubrir los costales y con otra carpa nos cubrimos los tres mientras caía el chaparrón. “Ya se va tener que quedar aquí para siempre. Esta lluvia no nos va dejar bajar”, bromeaba don Doroteo mientras esperábamos que amainara. En cuanto eso aconteció, don Enrique terminó de acomodar sus costales y le dijo “Apúrate cabrón que si no nos va a agarrar cuando vamos bajando”. Comenzamos a bajar entre la niebla y la hojarasca mojada.

Carga del carbón



Fuente: Fotografía del autor.

Cuando llegamos al área de trabajo de don Doroteo, su horno invisible, éste sacó un mecapal y cargó dos costales de carbón en su espalda. Don Enrique hizo lo

propio y yo cargué, a duras penas, un costal abrazado. Caminamos cerca de veinte minutos hasta llegar al lugar donde don Enrique había dejado la burra. Entonces cargaron tres costales en su lomo y don Doroteo siguió bajando con su carga de dos costales. “¿A poco te crees muy chingón cabrón?”, le dijo don Enrique. “No me creo, soy, pero al rato me tendrás que echar la mano”, respondió riendo don Doroteo.

ESPERANZA CÍCLICA

Para hacer sus hornos, tanto don Enrique como don Doroteo tuvieron que comprar los árboles, en este caso a don Arón. El costo que los propietarios de dichos espacios cobran a los carboneros, por un horno de las proporciones arriba descritas, es de 800 pesos. Inversión considerable si se toma en cuenta la deficiente condición socioeconómica de los carboneros de El Boxo. A ello se suma el pago de una o dos jornadas de trabajo a una persona propietaria de motosierra y, junto a él, de un “chalán” para el trozado (con hacha y machete), de la madera más pequeña y para la limpia del área de trabajo. El trabajador y propietario de la motosierra cobra 200 pesos/día por su labor y el chalán 70.⁹ Luego de esos dos días de trabajo, el carbonero continúa solo su labor. En algunas jornadas cuentan con la ayuda de familiares o, como en el caso de don Doroteo y don Enrique, con ayuda mutua entre carboneros.

En total, el proceso de producción del carbón dura entre 20 y 25 días. A los dos días de corte de la madera y preparación del área de trabajo, se suma otro para el armado y encendido del horno. La combustión de la madera demora cerca de 15 días, periodo durante el cual, como ya se describió, el carbonero debe subir diariamente (una o dos veces por día) a vigilar que el “fuego camine” bien, apisonar la tierra para evitar grietas y poner troncos para “atrinchar el horno”. El quitado de la lumbre, dependiendo de la cantidad de carbón, se puede hacer en dos días si se realiza esta actividad solo, o uno si se hace con ayuda. Los días siguientes son de bajada de las cargas. Como no existe camino hacia el cerro, no puede accederse a las áreas de trabajo con vehículos motorizados. Por ello, considerando la utilización de un animal de carga y la posibilidad de bajar costales en la espalda, los carboneros no logran llevar más de seis costales por día a la comunidad.

El proceso acaba con la venta de las cargas. En algunas ocasiones los compradores de las fraguas suben a El Boxo en camionetas para comprar la totalidad de

⁹ Al trabajador de la motosierra el carbonero debe proporcionarle, además de su pago por día, la gasolina y el aceite. Asimismo, a éste y a su “chalán”, el carbonero debe ofrecerles el “chesco” y/o el pulque.

la producción de un horno. En otras ocasiones compran sólo una parte. Existen también oportunidades en que los carboneros deben bajar cargando en sus espaldas o con animales de carga el carbón hasta Santuario, para ofrecerlo en talleres de herrerías o en casas particulares.

Don Martín alimentando y apisonando su horno



Fuente: Fotografías del autor.

Un horno, de las dimensiones antes descritas, produce entre 18 y 26 costales de carbón.¹⁰ Una carga la constituyen dos costales de carbón. Al momento de la realización de esta etnografía (septiembre de 2016), la carga se vendía en 220 pe-

¹⁰ Los carboneros de la comunidad coincidieron en que logran sacar cerca de 20 costales por horno. No obstante, considerando el tizón y la calidad de la madera de encino, lo señalado (18 y 26 costales) corresponde al número mínimo y máximo que me referenciaron en nuestras conversaciones.

sos. Si calculamos la ganancia del carbonero, según el número máximo de costales producidos (26, equivalentes a 13 cargas), a razón del precio pagado por carga (220 pesos), el carbonero logra obtener 2860 pesos. Si a ello se le descuentan los costos asociados al proceso de producción (paga de árboles y espacio, paga de dos jornadas de trabajo a un trabajador con motosierra y a un chalán), la ganancia total real del carbonero es de 1520 pesos. En proporción a los días trabajados (considerando nuevamente el máximo: 25 días), el carbonero obtiene 60.8 pesos por día.¹¹

Considerando la inversión de dinero y energía que significa “hacer horno” en El Boxo, es comprensible el miedo al tizón. “Si la lumbré no caminó va salir puro tizón”, me decía don Enrique mientras comenzaba con una uña a abrir su horno. “Da un pinche coraje, una pinche tristeza” concluyó. “Siempre sale algo de tizón” señalaba don Doroteo. El problema se produce cuando parte mayoritaria o importante de la madera no acaba de cocerse. Ello sólo puede ser develado en el momento de abrir el horno. Vale decir, sólo al cabo de veinte o más días del trabajo que comenzó con la selección y el corte de los árboles, los carboneros sabrán si esos veinte días tuvieron sentido.

Como cualquier empresa humana que apuesta en un conjunto de acciones presentes una recompensa futura, la práctica del hacer hornos supone una serie de incertidumbres ligadas a variables que están fuera del control de los carboneros. Desde este punto de vista, la práctica presente para la recompensa futura, siempre estará debatida entre la esperanza y el temor. Como ha señalado Frédéric Lordon (2015: 44):

Temor y esperanza están implicados como segundo plano casi permanente del deseo dado que la captura no es inmediata y que el tiempo que separa del objeto abre “necesariamente” (desde el punto de vista del agente) cierta incertidumbre [...] el afecto alegre de la esperanza (obtener) está (lógicamente) acompañado del afecto triste del temor (carecer). Las condiciones externas en las cuales los individuos persiguen su deseo determinan el balance entre la esperanza y el temor, y la tonalidad afectiva dominante que acompaña su esfuerzo.

Abrigar esperanzas no es tener la certeza de que el resultado final será el esperado. El temor al tizón está siempre presente. Pero lo importante aquí, no es tanto la

¹¹ En el margen de ganancia señalado no he considerado el fondo de reemplazo (cf. Wolf, 1982). Es decir, no he vinculado dicho margen con el ahorro de metálico para poner en marcha nuevamente el proceso. Aunque el fondo de reemplazo no se hace de un solo ciclo de producción de carbón (y no siempre se constituye únicamente de la ganancia vinculada a la venta de éste), debe ser considerado dentro de las presiones económicas imperativas para hacer horno.

tonalidad afectiva dominante que acompaña la práctica del hacer horno, sino que lo es la respuesta frente a un posible fracaso. Más aún, desde el punto de vista antropológico, lo relevante es interpretar la persistencia en la práctica, pese a la probabilidad del fracaso y, en términos más generales, a las condiciones externas que arrinconan a prácticas productivas tradicionales de los habitantes rurales a meras sumatorias de estrategias pluriactivas, en extremo defensivas. La cuestión radica en preguntarse: ¿qué hace que las personas insistan en prácticas económicas aparentemente inconvenientes?

El temor al tizón, así como las condiciones externas a la práctica del hacer hornos, aun abriendo incontables incertidumbres, debe ser puesto en un marco de entendimiento. En este plano, la práctica de los carboneros puede entenderse, siguiendo a Miyazaki (2004; 2006), como un método de esperanza. La probabilidad de que “salga mucho tizón” es alta y el conocimiento de la tecnología horno, el cuidado para que camine bien el fuego y la constancia de subir una o dos veces cada día a escuchar su caminar, no es garantía de éxito. El método práctico que alimenta esta esperanza es retrospectivo, en el sentido en que es resultado de la experiencia histórica de los habitantes de El Boxo que aprendieron y heredaron su saber hacer (y usar) la tecnología horno. Es, del mismo modo, prospectivo, en el sentido de constituir un compromiso con el futuro. Ese compromiso se expresa en todas las acciones vinculadas al proceso de producción del carbón.

En un registro bourdieano, cuando el horno no resulta y sale mucho tizón, no es el *habitus* del carbonero lo que se pone en cuestión, porque ese *habitus* se despliega nuevamente en el método de la esperanza. La respuesta al tizón, desde el *habitus* del carbonero, es volver a hacer un horno para cocer el tizón. En otros términos, armar un nuevo horno, es volver a poner el fracaso puntual de un pasado reciente, en la lógica esperanzadora de un futuro cercano. Porque “el *habitus* es esa presencia del pasado en el presente que posibilita la presencia del presente en el porvenir” (Bourdieu, 1999: 279-280).

“Si salió mucho tizón, lo junta y hace otro horno”, es la síntesis de don Doroteo. El abandono es, en términos prácticos, poco probable, por la inversión material que soporta la tecnología del horno y por la impasible sensación de no saber hacer horno. En este último sentido, quedarse en el fracaso del tizón y no volver a intentarlo es un improbable abandono de la propia condición y, con ello, la negación del pasado en el presente. No saber hacer horno es no ser carbonero, no haber aprendido de los *antiguas* ese saber. Si se subió al cerro como carbonero, la única forma lógica de bajar a la comunidad es con la carga de carbón.

La esperanza que anida en el hacer horno es la parte subjetiva que no se consume en el proceso productivo. Se consumen las materias brutas, las herramientas

y las energías de los carboneros, pero la esperanza no. Hacer horno es alimentar la esperanza. Es decir, decidirse a comenzar el proceso productivo del carbón es, de nueva cuenta, un compromiso con el futuro que se renueva cada vez que se toma esa decisión. Es activar una esperanza cíclica, inconsciente y aparentemente automática en tanto que *habitus*, pero totalmente consciente, creativa e imaginativa, en tanto que improvisación presente proyectada al futuro, frente a un fracaso puntual ya entendido como pasado.¹² Por ello, el *habitus* del carbonero, vinculado al método de la esperanza, no es únicamente la repetición, en sentido pasivo. Aunque actuar, afirma Deleuze (2002: 126-127),

no es nunca repetir [...] remite sin embargo a la repetición como la base oculta sobre la cual construye [...] la repetición es, en su esencia, imaginaria, puesto que sólo la imaginación forma aquí el «momento» de la vis repetitiva desde el punto de vista de la constitución.

La paradoja deleuziana, afirma Žižek (2006: 29), es que algo verdaderamente nuevo sólo puede aparecer en la repetición. Sin embargo, “lo que la repetición repite no es la forma en que el pasado «fue efectivamente», sino la virtualidad inherente al pasado”. El potencial del pasado se revela en tanto su repetición imaginativa, y por ello diferenciadora, proyectada al futuro.¹³ En tal sentido, el compromiso con el futuro que sugiere el método de la esperanza, bajo el cual entiendo la práctica de los carboneros, es también un compromiso con el pasado. Porque aun cuando la esperanza debe estar anclada en el presente, en las acciones presentes comprometidas con el futuro imaginado, “es el pasado lo que nos confiere los recursos de la esperanza, no sólo la posibilidad especulativa de un futuro algo más gratificante” (Eagleton, 2016: 58).

En la repetición creativa, evocadora de un pasado virtual y esperanzadora del volver a hacer horno, los carboneros manifiestan su compromiso activo con el pasado, especialmente con el pasado como tradición; tradición inventada (cf. Hobsbawm y Ranger, 2005) repetida y por ello reinventada en el relato local de lo que ha sido vivir en la entrada a la sierra desde tiempos inmemoriales, sabiendo hacer hornos y proyectando ese saber hacer al futuro mediante la práctica presente.

¹² Volveré al vínculo entre *habitus*, improvisación, reflexividad e imaginación en el capítulo X.

¹³ Para Deleuze (2002), el tiempo se constituye por medio de síntesis, vale decir es experimentado y representado como tal. De este modo, la repetición se expresa a través del pasado, el presente y el futuro. El presente, desde el hábito o la costumbre; el pasado desde la memoria; y el futuro desde el eterno retorno.

Aquí, la noción de tradición, se expresa siguiendo a Roseberry (2014: 100), no como peso muerto del pasado, sino como fuerza activa del pasado que moldea el presente.

Bajada del carbón



Fuente: Fotografías del autor.

El valor retrospectivo del método de la esperanza, indeleble en el *habitus* del carbonero, no se revela exclusivamente en tanto práctica que requiere un saber hacer heredado, sino más exactamente, en la obligatoriedad de ese saber hacer bien. Porque en el bien obrar para que el horno dé buenos resultados, para que no salga tizón, no se juega únicamente la habilidad y capacidad del carbonero presente, sino también todo aquello que aprendió de los *antiguas*. En este aspecto, la esperanza presente no sólo se vincula activamente con el futuro, sino que lo hace también con el pasado. En la repetición imaginativa del pasado, la esperanza se compromete con éste o, en el registro de Walter Benjamin (2008), lo reivindica, le otorga nuevo significado, lo redime. Los muertos suben al cerro a hacer carbón en la memoria práctica de los vivos, porque la existencia virtual de los muertos en la tradición presente, exige que los vivos suban al cerro a hacer horno, lo hagan bien y, en consecuencia, bajen a la comunidad con carbón.

DISPUTAR ESPERANZAS

Días antes de que subiera a los hornos, Severo me había comentado que “los ejidatarios de Santuario no quieren que la gente trabaje la tierra ni los recursos que son de aquí de la comunidad. Los ejidatarios de Santuario siempre han querido tener el poder del ejido, pero nunca han trabajado la tierra. Los que han trabajado siempre han sido la gente de El Boxo. Ven esta tierra como capital a futuro, más ahora con lo del Parque Ecoturístico. No como un espacio para la producción y sustento de las familias que no tienen otra cosa a qué echar mano. Por eso se han puesto a perseguir a la gente que trabaja el carbón. No entienden que acá la gente lleva más de un siglo trabajando el carbón y saben bien cómo reforestar y no acabarse el bosque”.

Esta situación se ha agudizado desde 2013, cuando el ejido entró en proceso para su decreto de área natural protegida, tendiente a prestar servicios ambientales relevantes que requieren de actividades de conservación. El área propuesta para proteger comprende dos fracciones colindantes que integran un polígono de 571.59 hectáreas totales, de las cuales 343.8716 son de uso común y 227.72 corresponden a pequeña propiedad (cf. Padilla, 2013). Vale decir, se busca transformar en área protegida la totalidad de la dotación ejidal de 1939 y del casco del exRancho de San Juan, comprada y parcelada bajo régimen de pequeña propiedad privada, por los ejidatarios de Santuario y el Tixqui, en 1980.

Los conflictos por el uso de los recursos forestales del ejido y de los espacios de pequeña propiedad de los ejidatarios, no son del todo nuevos. Los señores mayores de El Boxo reconocen que los ejidatarios avocindados en Santuario hace ya mucho tiempo que no trabajan la tierra de labranza. Dicha situación fue documentada por la etnografía de Pedro Godínez (1982) quien señaló el temprano abandono de las tierras por los ejidatarios de Santuario. Éstos, según Godínez, argumentaban el abandono por la mala calidad de los suelos, las inclemencias climáticas, la ausencia de riego y apoyo gubernamental y la necesidad de dedicarse a otras actividades remuneradas. No obstante, no perdían su condición de ejidatarios ya que, con salvas excepciones, las autoridades ejidales fueron personas de la localidad de Santuario, casi siempre maestros.

Un comisario ejidal, entrevistado por Godínez (*ibid.*: 72) a finales de los años setenta, apuntaba:

se tiene unas partes del ejido boscosas y de ésta hay compañeros ejidatarios que se dedican a hacer carbón, pues a veces sí abusan trozando madera desde luego [...] claro que sí hay inconveniente porque son personas señaladas las que se dedican a esta actividad,

entonces los demás compañeros que no trabajan esto (fabricando carbón) se oponen; más sin embargo yo, como comisariado ejidal, he considerado que los ejidatarios que son de la comunidad de El Boxo son los que se dedican a esta actividad, pues yo a veces he estado en defensa de ellos porque es el único medio de subsistencia de estas personas ya que no tiene otro medio de qué vivir, salvo que se vayan a las ciudades urbanas a trabajar durante la temporada, es decir después de haber terminado de sembrar su milpa y regresar hasta que piensen regresar y, cuando no emigran, el tiempo que les sobra lo ocupan para destrozarse la madera y hacer carbón.

Esta situación conflictiva respecto del bosque de encino permite evidenciar la, hoy menos evidente, relación de dominación y discriminación entre el pueblo de Santuario y la comunidad de El Boxo. Ahora el registro de esa dominación aparece en la determinación de transformar el ejido en parque, lo que no sólo afecta a los ejidatarios que quieren continuar con prácticas de cultivo, recolección agrícola y producción de carbón, sino que afecta también a quienes poseen tierras colindantes de pequeña propiedad y deseen continuar con dichas prácticas. Las actividades extractivas y de producción campesina de los habitantes de El Boxo son puestas en cuestión, ahora que —como me dijera Severo— “los de Santuario se sienten los defensores de los bosques”. Entonces, la gente de El Boxo emerge como un peligro para la conservación.¹⁴

“Algunos miembros ejidatarios” —concluye una investigación sobre el manejo forestal del ejido de Santuario Mapethé, en el marco de la propuesta de conservación,— “tienen la sensibilización para salvaguardar y mejorar las condiciones forestales” (Cruz, 2015: 54). El mismo estudio, en líneas precedentes, señala la existencia de una considerable tala en modalidad de tala hormiga, llevada a cabo “por algunos miembros de la comunidad ejidal”, al tiempo que denuncia que “las autoridades federales como municipales no han actuado o frenado este tipo

¹⁴ El 18 de junio de 2018 en el Periódico Oficial del Estado de Hidalgo, se publicó el Certificado de Preservación por medio del cual: “Se declara como Área Natural Protegida, en la categoría de Zona de Preservación Ecológica de competencia Estatal y Municipal el área denominada Santuario de Mapethe ubicado en el Municipio de Cardonal, Hidalgo, que contempla una superficie de 345.59 hectáreas”. Esta área es menor a la que figuraba como solicitada en la literatura arriba citada, no obstante colinda con pequeña propiedad donde se limitará el uso productivo del territorio. En toda el área de preservación las restricciones a las actividades productivas son patentes. Únicamente en la denominada zona de “Aprovechamiento Sustentable de Recursos Naturales”, correspondiente a 129.156 ha., se autorizan algunas prácticas productivas como el aprovechamiento forestal, bajo plan de manejo previamente autorizado.

de actividad” (*ibid.*: 32). Probablemente si la autora de la investigación entregase más elementos para distinguir quiénes son “algunos sensibilizados” y quiénes son “algunos miembros” del ejido que continúan la tala, podríamos no concluir que los primeros son ejidatarios de Santuario y los segundos de El Boxo. Sin esos antecedentes y confiado en mi etnografía, me es imposible no llegar a esa conclusión.

Lo cierto es que contadas familias de El Boxo continúan teniendo la producción de carbón como una de sus fuentes de recursos, en el despliegue de una estrategia de pluriactividad en extremo defensiva. Evidentemente no es por falta de sensibilización ambiental, ni únicamente por la presión material de la pobreza o por el peso del *habitus* carbonero al que antes me referí. La actualidad de esta actividad debe entenderse en el marco de una antigua dinámica económica local que, ya no con la misma intensidad que en décadas pasadas, aún persiste: fraguas de Santuario y los hornos de carbón de El Boxo.¹⁵

Una de las críticas a las políticas de conservación ambiental, particularmente a las ligadas a los pagos por servicios ambientales en el marco de la neoliberalización de la naturaleza y de lo que Ricardo Macip (2014) reconoce como *greenwashing*, es que el enfoque de estos programas promueve un desligamiento entre la conservación de los ecosistemas y las estrategias productivas y de desarrollo de los dueños de la tierra (cf. Madrid, 2011). Ello no sólo afecta a los habitantes de los espacios sujetos a ser conservados, sino que tiende a romper encadenamientos productivos mayores que han propiciado economías locales y, más aún, han promovido formas históricas de adaptación, apropiación y, con sus lógicas propias, protección y valoración del espacio.

En tal sentido, para entender la conservación del espacio y las formas de vida locales, es necesario ampliar el foco más allá de los cerros circundantes a la comunidad de El Boxo y reconocer los encadenamientos de producción y consumo locales que han posibilitado la reproducción de prácticas como la de los carboneros. Como señaló Marx (2007: 11),

La producción es mediadora del consumo, cuyos materiales crea y sin los cuales a éste le faltaría el objeto. Pero el consumo es también mediador de la producción, en cuanto crea para los productos el sujeto para el cual ellos son productos [...] Sin producción no hay consumo pero sin consumo tampoco hay producción ya que en ese caso la producción

¹⁵ Una dinámica similar es la que posibilita que otras familias de El Boxo sigan explotando el bosque del sur poniente de la comunidad para la producción de cal en comunidades más distantes, ubicadas al sur del municipio de Cardonal, como Los Reyes y Sabanillas.

no tendría objeto [...] El consumo crea el impulso de la producción y crea igualmente el objeto que actúa en la producción como determinante de la finalidad de ésta.

Políticas de conservación, como la sugerida para el caso del ejido de Santuario, no sólo desconocen los encadenamientos productivos locales, sino que tienden a criminalizar la parte de la producción; en este caso, a los carboneros de El Boxo. Reconocer los encadenamientos productivos locales, implica tomar en cuenta la profundidad histórica de éstos y las dinámicas secundarias que han promovido en su desarrollo. Ello cobra relevancia si pensamos por ejemplo que el carbón producido en El Boxo tiene como segundo destino, después del de las fraguas, el consumo doméstico. En este caso, la producción carbonera no se vincula sólo a su consumo en formas tradicionales de preparación de alimentos o uso para calefacción, sino que también se vincula con respuestas locales y contemporáneas frente al sucesivo aumento en los precios del gas u otros energéticos. Es, por tanto, necesario reconocer, nuevamente con Marx (*ibid.*: 12), que “sin necesidades no hay producción. Pero [que, al mismo tiempo,] el consumo reproduce las necesidades”.

Toda esta disquisición me permite entender mejor la rabia y la desconfianza de don Enrique. Porque además de perseguir una de sus formas de ganarse la vida, la ideología conservacionista que profesan algunos miembros del ejido de Santuario, desconoce que más allá de una quimérica “sensibilización ambiental” ha sido en los habitantes de la comunidad sobre quienes ha caído el peso de la reforestación de encino y piñón, particularmente después de la eclosión de la plaga sobre el pino piñonero en la comunidad (ver en capítulo 1). Pero además desconoce la razón inmediata de la rabia de don Enrique: a diferencia de lo apuntado por Cruz (*ibid.*), las autoridades locales sí han perseguido a los carboneros de El Boxo. Esta persecución se ha instalado en las conciencias de los productores de carbón que ven criminalizada su actividad, aun cuando puedan realizar ésta fuera de la propiedad ejidal, es decir, en la tierra propia.

De lo último es posible apuntar dos elementos. El primero, se relaciona con la rabia y la incompreensión, por parte de los hacedores de hornos, de las razones por las cuales la actividad de los carboneros es criminalizada. El segundo, vinculado al anterior, deviene del contradictorio entendimiento de la noción de propiedad que en términos prácticos delinea los márgenes de la producción de carbón en los bosques de El Boxo.

Los carboneros y otros habitantes de la comunidad reconocen una fricción en torno al interés para uso del bosque entre los ejidatarios de El Boxo y el de los de Santuario. De esa fricción se deriva que cada vez que la policía incauta los costales

de carbón y, como reproduce en el testimonio de don Enrique, las herramientas y los insumos para la producción a los hacedores de hornos, se concluya que fueron “los viejos de Santuario” los que dieron “el grito” que alertó a la policía de que se había hecho horno. Tras esta delimitación entre los interesados en producir carbón y los interesados en frenar dicha práctica; los carboneros de El Boxo, a la vez que enuncian nociones de identidad (comunidad / pueblo de Santuario), ocultan / desconocen las razones jurídicas que hacen legal o ilegal la producción de carbón, al tiempo que entienden el operar de la justicia como acción injusta.

En este punto entran en juego las nociones de propiedad y derecho de uso que, claro está, van más allá o se expresan en los márgenes del derecho mexicano sobre el aprovechamiento de recursos maderables.¹⁶ Los carboneros de El Boxo vinculan la legitimidad de la explotación del bosque con su ancestralidad en el uso del mismo. En este sentido, es la propia práctica desarrollada desde antaño por los habitantes de ese territorio, lo que otorga el derecho sobre éste y valida la práctica del hacer horno.

El pueblo, decía el joven Marx (2015: 17) en su discusión en torno al robo de leña, ve el castigo pero no ve el crimen, porque detrás de la criminalización a la recolección de leña se escondían nuevas formas de propiedad ajenas a las dinámicas de supervivencia de los pobres. En este temprano trabajo, Marx sitúa su discusión en lo que, siguiendo a Bensaïd (2015), constituye una defensa de los bienes comunes, de aquellas prácticas y espacios que resisten a su mercantilización y que alojan su definición de propiedad en ámbitos distintos a los de la propiedad privada. El absolutismo de las formas modernas de propiedad privada se topaba según Marx, con formas híbridas de propiedad, de derecho consuetudinario, que otorgaba derecho por el uso común que desde tiempos pretéritos se hizo de los bienes naturales. Los pobres, dirá Marx (*ibid.*: 31), en su propia actividad encuentran su derecho.

Los carboneros de El Boxo desconocen las razones jurídicas que hacen legal o ilegal la producción de carbón y entienden el operar de la justicia como acción

¹⁶ La Ley General de Desarrollo Sustentable consagra como atribución de la Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales (Semarnat), el otorgamiento y/o suspensión de permisos, autorizaciones, certificados para el aprovechamiento de recursos forestales maderables. Dichos permisos se otorgan por diez años a privados (incluidos empresa social forestal, ejido o comunidad) que cuenten con un programa de manejo para el aprovechamiento forestal sustentable. En 2018, en comunicación con el Departamento de Ordenamiento Territorial y Política Regional de la Delegación Federal de Semarnat en el Estado de Hidalgo, se me informó que para el municipio de Cardonal sólo existe vigente un permiso para el aprovechamiento de recursos maderables, el cual no corresponde a ejidatarios de Santuario Mapethé ni a propietarios privados de la localidad de El Boxo.

injusta, porque ven el castigo y no el crimen. Los hacedores de horno sitúan su derecho al hacer horno en su propia tradición y en la naturalidad de una práctica que aprendieron desde niños. Esa práctica les vincula, a ellos y a los demás habitantes de El Boxo, al uso del bosque, de *su bosque*, situado al norte de *su* comunidad. Pero además les vincula con una tradición que les hace carboneros no sólo por la acción misma de hacer horno, sino por la profundidad temporal que esa práctica sugiere, en tanto que aprendida desde siempre en las formas de construir el territorio y de responder al imperativo cotidiano e intemporal de ganarse la vida.

No obstante, junto a la idea de la ancestralidad de la práctica que vincularía su validez con nociones del derecho consuetudinario, en la fricción en torno al interés para uso del bosque entre los ejidatarios de El Boxo y los de Santuario, se expresan nociones de propiedad cercanas también al derecho moderno de la propiedad privada. Los “viejos de Santuario” con su accionar no limitan la práctica del hacer carbón a la propiedad ejidal, sino que persiguen también aquella desarrollada en espacios de pequeña propiedad. Los carboneros “compran” los árboles donde harán carbón a un propietario privado que vende dichos árboles sabiendo cuál será el destino de los mismos. El interés de los ejidatarios de Santuario se expresaría por sobre el interés del propietario privado que vería limitada su capacidad de decidir y actuar sobre su propiedad.

Al erigirse como “defensores de los bosques”, los ejidatarios de Santuario se vuelven también los decisores con respecto del futuro de éstos y, con ello, del definitivo periclitarse del hacer carbón en El Boxo. Más aún, al estar los bosques situados en la porción norte de la comunidad y ocupar espacialmente parte importante de ésta, amparados en la ley,¹⁷ los nuevos defensores de los bosques pueden determinar la relación que establecen los habitantes de El Boxo con gran parte del espacio comunitario. De nueva cuenta, más allá de la ley, en la práctica las nociones de propiedad y control sobre su territorio peligran volverse obsoletas para los habitantes de la comunidad.

Por dicha criminalización, cada vez que hacen horno, al miedo latente al tizón, los carboneros de El Boxo suman otro miedo que ya no es controlable desde su saber hacer y usar la tecnología horno. Un miedo que escapa a su método de la esperanza.

¹⁷ La *Ley de Desarrollo Forestal Sustentable para el Estado de Hidalgo* (vigente desde 2006) prohíbe transportar, almacenar, transformar o poseer materias primas forestales, sin contar con la documentación o los sistemas de control establecidos para acreditar su legal procedencia. Al mismo tiempo, esta ley promueve la denuncia popular ante los municipios y, por parte de éstos, ante las autoridades las violaciones a la Ley, a su Reglamento y a las demás disposiciones forestales.

En su saber hacer, los carboneros reconocen su labor como beneficiosa para los bosques. Don Enrique me decía: “Este horno lo armamos con puro árbol viejo. El encino viejo hay que tirarlo, sino se pierde y no deja retoñar. Esto aquí, casi todo, los árboles son retoño. Las gentes desde antes aquí hacían carbón. Todo aquí nuestros papás hacían el carbón. El Arón siempre ha hecho carbón aquí. Eso no saben los viejos de Santuario. Nunca saben hacer horno, entonces no saben que aquí puro retoña. Si usted no cosecha los encinos viejos va matar el bosque”. Desde este punto de vista la conservación del bosque tiene que ver necesariamente con su apropiación productiva.¹⁸

Pero además, la práctica productiva que protege el bosque de encino no es cualquier forma de explotación. Es, como ya he apuntado, un saber hacer consecuencia de una adaptación centenaria de los otomíes al territorio serrano. Es ese saber hacer que enseñaron los *antiguas*, que no son en este caso figuras inmemoriales, sino que son los ascendentes más próximos que, desde niños, llevaron a los actuales carboneros al cerro a aprender haciendo, desarrollando habilidades de percepción para escuchar, oler y mirar el caminar del fuego dentro del horno.¹⁹ En términos prácticos, lo anterior se expresa en el cuidado para evitar incendios,²⁰ para controlar que el horno no se desmorone o que no salga tizón. Más directamente, para el cuidado del encino, la cuestión radica en cómo propiciar el retoñar de los árboles. “Va depender de cómo lo corte” me dijo don Doroteo. “Antes que se hacía con puro hacha y machete ya se sabía que se tiene que hacer el corte abajo, casi pegado del suelo, igual es con la motosierra ahora. Si usted no lo corta así no va a retoñar”.

¹⁸ Un habitante de El Boxo reflexionaba de manera similar para explicar la plaga del pino piñonero. “La gente se acostumbró nada más a ir a sacar el piñón”, me decía, “como no es cada año que da piñón, entonces había años que ni se miraban los árboles, no le daba mantenimiento. Entonces vino la plaga, porque la gente no trabajó. Nada más iba cuando componía, si no, no. Pero aquí si no trabaja los árboles, si no cuida, así como la milpa, ya no compone, por eso dio plaga”.

¹⁹ Todas las personas de la comunidad que me señalaron saber “hacer hornos” manifestaron haberlo aprendido de sus padres. Aún en la actualidad, como me señalara Guadalupe Rivera, socióloga de El Boxo, las prácticas campesinas en la comunidad continúan siendo un espacio de socialización y aprendizaje fundamental en la relación intergeneracional. Ahí radica, para Rivera, el valor que —más allá de lo meramente económico— adquieren dichas prácticas en la comunidad.

²⁰ Una parte de los habitantes de El Boxo no recuerda incendios forestales producidos por la práctica de los carboneros. No obstante, aunque los incendios no han sido frecuentes en la historia de la comunidad, otros habitantes más críticos con la producción de carbón recuerdan algunos casos de quema de monte vinculados al mal manejo de los hornos. En este mismo punto hay quienes no logran identificar incendios producidos por la quema de esquilmos y malezas, para iniciar el barbecho o en el periodo de escardas, de aquellos posiblemente imputados a los carboneros.

Una investigación sobre la situación de los bosques de encinar en la Sierra Madre Oriental de México, confirma la apreciación de don Enrique. En ella, el autor sostiene,

Quizá la forma más intensiva de explotación de los encinares es el uso de su madera para la leña y para la manufactura del carbón, pero aun en los lugares más afectados por tal tipo de aprovechamiento, la capacidad de estas plantas de retoñar a partir de los tocones permite una relativamente rápida recuperación del arbolado. (Rzedowski, 2015: 8)

Tocones y retoños



Fuente: Fotografías del autor.

El compromiso con el saber hacer y usar la tecnología horno, que forma parte del *habitus* del carbonero y que fundamenta su método de la esperanza, es lo que condiciona la realización de la labor presente dentro de marcos aprendidos en el pasado. Esos marcos en los que se encauza la práctica del hacer horno, son los que permiten a los carboneros y a otros habitantes de la comunidad entender que “el bosque ahí está” aunque, como me dijera el maestro Hermenegildo, “hace más de doscientos años que la gente aquí hace hornos. Antes era más. Cuando yo era niño todos hacíamos carbón, tú en las tardes podías ver la fila de gente cargando carbón bajando a Santuario. Y no nos acabamos el bosque porque sabemos cómo trabajarlo”.

La separación entre ejidatarios sensibilizados en la conservación del bosque y otros que, como antítesis de los primeros, persisten en la tala hormiga; es ficticia. Como he intentado mostrar, los carboneros de El Boxo no diferencian su práctica productiva de la necesaria conservación de los encinos. La una determina la

otra. Asimismo, los propios ejidatarios de la comunidad que tienen dentro de sus estrategias posibles el hacer hornos, también depositan esperanzas en el proyecto del Parque Ecoturístico. Estas esperanzas son manifiestas en prácticas concretas como el cumplimiento activo de las, no pocas, tareas vinculadas al proyecto: las constantes faenas, los turnos diurnos y nocturnos para vigilar las cabañas y demás instalaciones del parque, la preparación de alimentos para vender a los posibles turistas que —como decía el comisariado ejidal a las mujeres que cumplían un sábado con su turno en el restaurante del parque— “aún no vienen, pero hay que estar preparados para dar una buena imagen para cuando comiencen a llegar”.

Igualmente ficticia es la distinción entre prácticas del pasado y proyectos orientados al futuro, cuando se inserta dentro de las primeras las actividades productivas campesinas y demás medios de vida tradicionales *en la comunidad*; y, dentro de las segundas, los discursos conservacionistas que promoverán el turismo en ésta. Es una distinción ficticia porque ambas cosas son parte del presente en que se vive la ruralidad, como experiencia situada. La verdadera distinción radica, a mi juicio, en las formas de entender lo contemporáneo y con ello intentar situarse en las ventanas desde las que miran el futuro los habitantes de El Boxo. La contemporaneidad, desde el punto de vista antropológico, es siempre un esfuerzo por la construcción del tiempo compartido, que “remite a un dominio real de objetos en el presente cuyas formas emergentes, del futuro cercano, y del pasado reciente, pueden ser observadas” (Rabinow, 2008: 5).²¹

En la contemporaneidad de El Boxo, coexisten la lógica conservacionista y la de la explotación de los recursos naturales, pero también están presentes aquellas lógicas por completo desvinculadas y, al mismo tiempo, desinteresadas respecto del futuro del bosque. Pero todas esas lógicas no son totales, en el sentido de que no son posiciones fijas de actores posibles de clasificar, sino que corresponden más bien a posiciones situacionales (cf. Van Velsen, 2007). Un mismo ejidatario que participa activamente en actividades vinculadas con el proyecto eco-turístico, entre ellas, charlas de sensibilización, puede en otro momento subir al cerro a hacer horno, participar voluntariamente en la reforestación o mostrarse indiferente respecto de ésta.²²

²¹ Volveré a la discusión en torno a la construcción de la contemporaneidad en el capítulo IX.

²² Lo mismo podría imaginarse respecto de ejidatarios avocados en Santuario. El mismo ejidatario que ve humo en el cerro y llama a la presidencia municipal para que detengan a los carboneros de El Boxo, puede trabajar o ser dueño de un taller de herrería, comprar carbón para su casa o adquirir una herramienta de hierro fundida con el carbón vegetal de encino producido en El Boxo.

La faena, arriba descrita, para la recolocación de la tubería del agua, acabó en casa de la familia del ingeniero Ángel, uno de los miembros del Comité de Agua de la comunidad. Él y el maestro Hermenegildo pidieron a la gente que se trasladara ahí para la entrega de árboles que serían regalados para que la gente los plantara en sus casas, en sus milpas o en otros espacios de la comunidad. “Nos tocará de a tres por ciudadano. Tenemos que hacer que El Boxo sea un tanque de oxígeno para el futuro, ¿verdad?” Decía Ángel, mientras incitaba a la gente a ir por sus árboles.

No todas las personas que participaron en la faena fueron a recoger árboles jóvenes para plantar. Una de las personas preguntó de qué especies de árbol se trataba. Ángel respondió que habían llegado encino, piñón, cedro y camelia. Entonces la persona le dijo, “yo ya no necesito tanto árbol de sombra, más bien tienen que ser frutales, si no mucho trabajo para nada”. Aunque a casa de Ángel llegó la mayoría de quienes habíamos participado en la faena, el grupo se había reducido bastante, entre quienes no quisieron pasar por árboles y quienes manifestaron que lo harían en otro momento. Las mujeres y los niños eran los más entusiastas.

Entrega de árboles para reforestación



Fuente: Fotografías del autor.

Si en el registro de la contemporaneidad de El Boxo están presentes, tanto las lógicas conservacionistas, como las que reclaman el uso productivo del bosque, es también por la presencia activa de un pasado virtual que hace a la mayoría de los habitantes potenciales o virtuales carboneros. El pasado reciente, el tiempo de la infancia y adolescencia de los que —como el maestro Hermenegildo— en la actualidad tienen entre cuarenta y cincuenta años, es el de los que tuvieron entre su socialización y forma de ganarse la vida el subir al cerro a hacer horno. Estos adultos son virtualmente carboneros no sólo porque recuerdan su saber hacer horno, sino

porque en un momento pueden hacerlo. Quizás esta latencia en la posibilidad de hacer horno, y no necesariamente la conservación del bosque después de décadas de explotación, es lo que se quiere expresar con la frase "el bosque ahí está".

Horno de carbón (5)



Fuente: Fotografía del autor.

El pasado virtual del saber hacer horno puede ser imaginativamente repetido como una habilidad, por ejemplo, frente al desempleo. Aquí la práctica del carbonero se expresa como el hacer de la necesidad virtud, arrancando del pasado lo necesario para actuar en el presente y "encender en el pasado la chispa de la esperanza" (Benjamin, 2008: 40). La latencia del hacer hornos, es lo que vincula el pasado virtual a un futuro posible. Ello también permite engarzar el pasado de los muertos, los *antiguas* que hicieron horno, con el presente de los medios de vida de los actuales

habitantes de El Boxo y con el futuro de los que vendrán. Para estos últimos, ahí estará el bosque, para que desplieguen el antiguo saber hacer, creen nuevos saberes hacer o desarrollen una relación contemplativa con el entorno. Es este registro de la contemporaneidad el que otorga un valor concreto y estimulante para el cuidado práctico de los encinos, del mismo modo que es el encadenamiento productivo local y la necesidad contemporánea, lo que presiona el despliegue del saber hacer horno, como aprovechamiento productivo del encinar por los carboneros del presente.